2. Evangelio del Pseudo Mateo

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Base del relato anterior al 200. Texto actual del siglo VI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Traducción latina, probablemente del siglo VI, conservada en un manuscrito del siglo XIV.

El epígrafe que sirve de título a este evangelio se debe a Constantin von Tischendorf, quien se basó en el contexto de la presunta correspondencia entre los obispos Cromacio y Heliodoro con san Jerónimo. Lo mismo que sucedió con otros apócrifos, el uso que de ellos hicieron diversos herejes incidió en la valoración que prevaleció en la tradición cristiana. El nacimiento de María y la infancia del Salvador son las dos partes nucleares del escrito. El mismo texto nos sitúa frente a dos partes bien diferenciadas. La primera (1-24) narra los nacimientos de los dos protagonistas de la obra, María y Jesús, y se extiende hasta el regreso de la Sagrada Familia de Egipto. Sus relatos siguen a grandes rasgos los datos de los evangelios canónicos. La segunda parte (25-42) es una presentación totalmente legendaria de la infancia y adolescencia de Jesús. En muchos aspectos, los hechos no resultan demasiado edificantes y representan la visión popular de lo que sería la vida de un personaje en quien habitara la divinidad.

Las leyendas de este evangelio tuvieron gran influencia en la tradición cristiana. Obras de literatura, el arte en sus aspectos de la pintura y la escultura, libros de devoción y hasta las reflexiones de grandes místicos fueron sensibles a ellas.

El texto latino actual es del siglo VI y es probablemente una traducción y remodelación de un original griego basado muy lejanamente en el Evangelio de Mateo. El autor ha añadido un prólogo indicando que el autor del texto es el evangelista Mateo, y que de él hizo una versión san Jerónimo al latín. Ambas noticias son rotundamente falsas: las dos cartas que forman el prefacio son composición también del anónimo autor del apócrifo.

* * *

Empieza el libro sobre el nacimiento de la bienaventurada María y sobre la infancia del Salvador, escrito en hebreo por el bienaventurado evangelista Mateo y traducido al latín por el bienaventurado presbítero Jerónimo.

Carta a Jerónimo

A su queridísimo hermano el presbítero Jerónimo, los obispos Cromacio y Heliodoro: salud en el Señor.

Encontramos en los libros apócrifos la natividad de la Virgen María y la infancia de nuestro Señor Jesucristo. Considerando que en ellos hay escritas muchas cosas contrarias a nuestra fe, creemos que todas deben ser rechazadas, no sea que con ocasión de hablar de Cristo proporcionemos alegría al Anticristo. Mientras nosotros estábamos examinando estos problemas, hubo unos santos varones, Parmenio y Virino, quienes decían que Vuestra Santidad había encontrado un volumen hebreo escrito por el beatísimo evangelista Mateo, que contenía la narración no solo de la natividad de la Virgen Madre, sino también de la infancia de nuestro Salvador.

Por eso pedimos a Vuestra Caridad por el mismo nuestro Señor Jesucristo que nos haga el favor de traducir del hebreo al latín ese volumen, no tanto para que conozcamos las maravillas de Cristo como para que podamos rechazar la astucia de los herejes. Ellos, para dar forma a su malvada doctrina, mezclaron sus mentiras con la natividad buena de

Cristo en la intención de ocultar la amargura de su muerte con la dulzura de su vida.

Será, pues, una obra de tu purísima caridad el que o bien escuches a unos hermanos tuyos que te suplican o hagas que unos obispos reciban la deuda de caridad que te requieren y que tú creas razonable.

Respuesta de Jerónimo

Jerónimo, siervo humilde de Cristo, a los santos y beatísimos obispos Cromacio y Heliodoro: Salud en el Señor.

El que cava una tierra convencido de que oculta oro, no se apodera de lo primero que ofrece la fosa abierta, sino que antes de que el golpe del hierro vibrante saque a la luz el brillante metal, se entretiene en revolver y levantar los terrones, y se alimenta de esperanza el que todavía no ha aumentado su ganancia.

Arduo trabajo el que se me impone, cuando Vuestra Beatitud me ordena lo que ni el mismo San Mateo, apóstol y evangelista, quiso que se publicara. Pues si no se tratara de asuntos secretos, lo hubiera incluido en el mismo evangelio que publicó. Pero procuró que este libro quedara sellado con caracteres hebreos, y hasta el momento no lo ha divulgado, de manera que el libro escrito de su propia mano con caracteres hebreos se encuentra en poder de hombres muy religiosos, que lo recibieron de sus antecesores a lo largo del tiempo. Este mismo libro nunca se lo transmitieron a nadie, pero su contenido lo explicaron de diversas maneras. Y ha sucedido que el libro ha sido divulgado por un discípulo de Maniqueo, de nombre Leucio[458], que también escribió con nombre falso hechos de los apóstoles. El tal libro ofrece material más propio para destruir que para edificar, lo que se demostró en un concilio[459]. Por ello, la Iglesia no le ha prestado ninguna atención.

Cesen ya los mordiscos de los que ladran, pues no añadimos este libro a las escrituras canónicas, sino que transmitimos los escritos del que fue apóstol y evangelista para dejar al descubierto la falacia de los herejes. En esta tarea obedecemos las órdenes de los piadosos obispos lo mismo que nos enfrentamos a los impíos herejes.

Damos satisfacción al amor de Cristo, convencidos de que nos ayudarán con sus oraciones los que por nuestra obediencia puedan acceder a la santa infancia de nuestro Salvador.

PARTE PRIMERA

Nacimiento de María

1 [1] En aquellos días había en Jerusalén un varón de nombre Joaquín, de la tribu de Judá. Este apacentaba sus ovejas y temía a Dios con sencillez y bondad. No tenía otra preocupación que sus rebaños, con cuyo producto alimentaba a todos los que temían a Dios; proporcionaba doble ración a los que fomentaban el temor de Dios y la instrucción,

y una sola a los que los servían. Ahora bien, de los corderos, las ovejas, la lana o de todas
las cosas que parecía poseer hacía tres partes: una se la daba a las viudas, los huérfanos,
los peregrinos y los pobres; otra a los que se dedicaban al culto de Dios; la tercera se la
reservaba para él y para todos los de su casa. 2 Como se comportaba de esta manera,
multiplicaba Dios sus rebaños de forma que no había otro semejante en Israel. Empezó a
actuar de esta manera desde que cumplió los quince años de edad. Cuando cumplió los
veinte años, tomó como esposa a Ana, hija de Isacar, de su misma tribu, es decir, de la
estirpe de David. Después de convivir con ella durante veinte años, no tuvo de ella ni hijos
ni hijas.

2 1 Sucedió, pues, que en los días festivos, entre los que ofrecían incienso al Señor, se encontraba Joaquín preparando sus ofrendas en presencia del Señor. Y se le acercó un escriba del Templo de nombre Rubén, que le dijo: «No te es lícito permanecer entre los que ofrecen sacrificios a Dios, porque Dios no te ha bendecido dándote descendencia en Israel». Al quedar avergonzado en presencia del pueblo, se retiró llorando del templo del Señor, y no regresó a su casa, sino que se dirigió a sus rebaños. Llevó con él a los pastores a través de los montes hasta una tierra lejana, de modo que, durante cinco meses, su mujer Ana no pudo recibir de él ninguna noticia.

2 Ella, en sus oraciones, decía llorando: «¡Poderosísimo Señor, Dios de Israel! ¿Por qué, después de no darme hijos, me has quitado también a mi marido? Pues he aquí que hace cinco meses que no lo veo. Y no sé siquiera si está muerto para que al menos pudiera darle sepultura». Mientras lloraba amargamente en el jardín de su casa, se puso en oración y elevó sus ojos al Señor. Vio entonces un nido de pajarillos en un laurel y dando un gemido dijo al Señor: «Señor Dios omnipotente, que has dado hijos a toda criatura: a las bestias, a los jumentos, a las serpientes, a los peces y a las aves, de manera que se gozan con ellos, ¿me excluyes a mí sola del don de tu benignidad? Tú sabes, Señor, que desde el principio de mi matrimonio prometí que si me dabas un hijo o una hija, te los habría ofrecido en tu templo santo».

3 Mientras decía estas cosas, apareció de pronto delante de ella un ángel del Señor, que le dijo: «No temas, Ana, porque en la intención de Dios hay un descendiente tuyo; y lo que nacerá de ti será motivo de admiración en todos los siglos hasta el final de los tiempos». Dicho esto, desapareció de sus ojos. Pero ella, presa de temor y pavor por haber visto tal visión y haber oído tales palabras, entró en su habitación y se tendió en el lecho como muerta. Allí permaneció todo el día y toda la noche sumida en el mayor temblor y en oración.

4 Llamó después a su doncella y le dijo: «¿Ves que me encuentro decepcionada por mi viudez y que vivo en la angustia, y tú no has querido ni siquiera entrar a verme?». Entonces le respondió en un murmullo, diciendo: «Si Dios ha cerrado tu seno y ha apartado a tu marido de ti, ¿qué puedo yo hacer?». Cuando Ana oyó estas palabras, lloró más todavía.

3 [1] En aquel mismo tiempo apareció un cierto joven entre los montes, donde Joaquín apacentaba sus rebaños, y le dijo: «¿Por qué no regresas con tu mujer?». Respondió Joaquín: «La tuve durante veinte años; pero ahora, como no ha querido Dios darme hijos de ella, salí vergonzosamente reprobado del templo de Dios. ¿Para qué voy a volver con ella si me siento abatido y despreciado? Me quedaré, pues, aquí con mis ovejas mientras Dios quiera concederme la luz de este mundo. Pero por medio de mis criados daré con gusto a los pobres, a las viudas, a los huérfanos y a los que sirven a Dios la parte que les corresponda».

[2] Cuando acabó de hablar, el joven le respondió: «Yo soy un ángel de Dios, que me he aparecido hoy a tu mujer, que oraba llorando, y la he consolado. Has de saber que ha concebido ya de ti una hija, que morará en el templo de Dios, y el Espíritu Santo reposará en ella. Su felicidad será superior a la de todas las santas mujeres, tanto que nadie podrá decir que hubo alguien semejante antes que ella, pero después de ella nunca vendrá a este mundo otra mujer semejante. Por todo esto, baja de la montaña, vuelve con tu esposa y la encontrarás encinta. Porque Dios ha suscitado una semilla en ella, por lo que darás gracias a Dios. Su descendencia será bendita, y ella misma será también bendita y madre de eterna bendición».

[3] Postrado Joaquín ante él, le dijo: «Si he hallado gracia ante ti, descansa un poco en mi tienda y bendíceme a mí, tu siervo». Replicó el ángel: «No digas que eres mi siervo, sino consiervo mío, pues somos siervos de un mismo Señor. Mi comida es invisible, y mi bebida no puede ser vista por hombres mortales. Por eso no debes pedirme que entre en tu tienda, sino que lo que pensabas darme ofrécelo a Dios en holocausto».

Entonces tomó Joaquín un cordero sin mancha y dijo al ángel: «Yo no me hubiera atrevido a ofrecer a Dios un holocausto si tu mandato no me hubiera dado la autoridad ritual para ofrecerlo». Replicó el ángel: «Tampoco yo te hubiera invitado a hacer esa ofrenda si no hubiera conocido la voluntad del Señor». Sucedió, pues, que al ofrecer Joaquín el sacrificio a Dios, junto con el aroma del sacrificio, como entre el humo el ángel se marchó al cielo.

[4] Entonces Joaquín cayó sobre su rostro y estuvo tendido desde la hora de sexta[460] hasta la tarde. Al llegar sus criados y empleados, como no sabían lo que aquello significaba, se asustaron y pensaban que quizá quisiera suicidarse. Se acercaron a él y a duras penas pudieron levantarlo de tierra. Cuando les contó lo que había visto, llenos de exagerado estupor y de admiración, le rogaban que cumpliera sin tardanza el mandato del ángel y regresara rápidamente al lado de su mujer. Y mientras Joaquín discurría en su interior si debía volver, sucedió que se quedó adormecido, y el ángel que se le había aparecido cuando estaba despierto, se le apareció en sueños y le dijo: «Yo soy el ángel que Dios te ha dado como custodio: baja sin temor y regresa al lado de Ana, porque las obras de misericordia que habéis hecho tú y Ana tu mujer han sido expuestas en presencia del Altísimo. En consecuencia, se os ha concedido una descendencia como nunca la han tenido ni los profetas ni los santos, ni la tendrán». Cuando Joaquín se despertó del sueño,

llamó a sus pastores y les refirió su sueño. Pero ellos, postrados ante el Señor, le dijeron: «Cuidado, no vayas a menospreciar más al ángel de Dios; levántate y vayamos apacentando lentamente el rebaño».

5 Cuando habían ya caminado treinta días y se encontraban cerca, se apareció un ángel del Señor a Ana, que estaba en oración, y le dijo: «Vete a la puerta Dorada y sal al encuentro de tu marido, porque hoy llegará hasta ti». Salió a toda prisa con sus doncellas y comenzó a orar de pie en la misma puerta. Después de esperar largo rato y sentirse cansada de tan larga espera, levantó los ojos y vio a Joaquín que venía con sus rebaños. Corrió a su encuentro y se colgó de su cuello dando gracias a Dios y diciendo: «Era viuda, y he aquí que ya no lo soy; era estéril, y ya he concebido». Y hubo un gran gozo entre todos sus vecinos y conocidos, tanto que toda la tierra de Israel se congratuló con esta noticia.

María en el templo del Señor

4 1 Después de estos sucesos, cumplidos los nueve meses, dio a luz Ana una hija, a la que puso por nombre María. Una vez que la hubo amamantado durante tres años, marcharon juntos Joaquín y su esposa Ana al templo del Señor. Hechas sus ofrendas al Señor, entregaron a su hijita María para que conviviera con las vírgenes que permanecían día y noche alabando a Dios. Cuando llegó frente al templo del Señor, subió los quince escalones tan a la carrera, que no miró en absoluto hacia atrás, ni echó de menos a sus padres como suele suceder en la infancia. Con ello quedaban todos atónitos, de modo que hasta los mismos pontífices del Templo se llenaron de admiración.

5 1 Entonces Ana, llena del Espíritu Santo, dijo en presencia de todos: «El Señor Dios de los ejércitos se acordó de su palabra y ha visitado a su pueblo con su santa presencia, para humillar a las gentes que se levantaban contra nosotros y convertir hacia él sus corazones. Abrió sus oídos a nuestras plegarias y apartó de nosotros los insultos de nuestros enemigos. La estéril se ha convertido en madre y ha engendrado el júbilo y la alegría en Israel. Ahora podré ofrecer mis dones al Señor, sin que puedan impedirlo mis enemigos. Que el Señor convierta sus corazones hacia mí y me dé un gozo sempiterno».

6 1 María provocaba la admiración de todo el pueblo. Porque, teniendo tres años de edad, caminaba con paso tan firme, hablaba con tanta perfección y se dedicaba con tanto interés a la alabanza de Dios, que no la consideraban como una niñita, sino como una mujer adulta. Y se aplicaba a sus oraciones como si ya tuviera treinta años. Su cara resplandecía como la nieve, tanto que apenas se podía fijar en su rostro la mirada. Se dedicaba con insistencia a las labores de la lana, y lo que mujeres ya ancianas no pudieron realizar, ella lo desarrollaba desde su tierna edad.

2 Se había fijado esta norma: desde el amanecer hasta la hora de tercia se aplicaba con fidelidad a la oración; desde la hora de tercia hasta la de nona se ocupaba de las labores textiles; y de nuevo desde la hora de nona no se apartaba de la oración hasta que se le aparecía el ángel del Señor, de cuya mano recibía el alimento. Así progresaba más y más en la alabanza de Dios. Finalmente, en compañía de las vírgenes mayores se instruía en la

alabanza de Dios, de tal manera que no había ninguna más presta que ella en la vigilancia, ninguna más erudita en el conocimiento de la ley de Dios, ninguna más sumisa en la humildad, ninguna más elegante en el canto de los salmos de David, ni más generosa en la caridad, ni más pura en la castidad, ni más perfecta en toda clase de virtud. Pues era constante, inconmovible, inmutable, y cada día progresaba hacia lo mejor.

3 Nadie la vio nunca airada, ni la oyó decir una mala palabra. Su lenguaje estaba tan lleno de gracia que se conocía que Dios estaba en su lengua. Permanecía continuamente en la oración y en el estudio de la Ley. Se preocupaba de que ninguna de sus compañeras pecara de palabra, ni se dejara llevar de una risa desacompasada, ni se comportara con sus semejantes con injurias o soberbia. Bendecía a Dios sin cesar; y para que no le faltara a Dios nada de alabanza, ni siquiera en los saludos, cuando alguien la saludaba, ella contestaba: «Gracias a Dios». En una palabra, de ella se derivó la costumbre de que los hombres, cuando se saludaban mutuamente, respondieran: «Gracias a Dios». Ella se mantenía con el alimento que diariamente recibía de manos del ángel; el que conseguía de los pontífices lo repartía entre los pobres. Frecuentemente se la veía en conversación con los ángeles, quienes la trataban como si fueran íntimos amigos. Si alguno de los enfermos la tocaba, regresaba al instante sano a su casa.

7 1 Entonces, el sacerdote Abiatar ofreció incontables dones a los pontífices para poder tomarla y ofrecerla a su propio hijo como esposa. Pero María se lo impedía diciendo: «No es posible que yo conozca varón o que un varón me conozca». Pero los pontífices y todos sus parientes le decían: «Dios es honrado en los hijos y adorado en los descendientes, como siempre ha sido en Israel». María les respondió diciendo: «Dios es honrado sobre todo con la castidad, como se puede comprobar:

2» Porque antes de Abel no hubo justo alguno entre los hombres. Él agradó a Dios por sus ofrendas y fue asesinado despiadadamente por el que le desagradó. No obstante, recibió una doble corona, por sus ofrendas y por su virginidad, porque nunca aceptó una mancha en su carne. Finalmente, también Elías fue llevado en carne al cielo, porque conservó virgen su carne. Esto es lo que aprendí en el templo de Dios desde mi infancia, que una virgen puede ser amada de Dios. Por eso, tomé en mi corazón la decisión de no conocer varón jamás».

José, elegido esposo de María

8 1 Sucedió que cuando cumplió los catorce años de edad, fue el momento en que los fariseos dijeron que era costumbre el que una mujer no pudiera habitar en el templo de Dios. Se tomó la decisión de enviar un emisario por todas las tribus de Israel para que convocara a todos en el templo del Señor para después de tres días. Cuando todo el pueblo estuvo reunido, se levantó el pontífice Abiatar y subió a un estrado elevado para poder ser oído y visto por todo el pueblo. Hecho una gran silencio, dijo: «Oídme, hijos de Israel, y acoged con vuestros oídos mis palabras. Desde que Salomón edificó este Templo, ha habido en él vírgenes, hijas de reyes, de profetas, de sumos sacerdotes y de pontífices; y fueron grandes y dignas de admiración. Sin embargo, llegadas a la edad legal, tomaron

varones en matrimonio y siguieron así la norma de sus antepasados agradando a Dios. Pero María es la única que ha descubierto una nueva forma de agradar a Dios, pues ha hecho a Dios promesa de permanecer siempre virgen. Por lo tanto, pienso que por medio de nuestra investigación y de la respuesta de Dios podríamos conocer a quién debe ser entregada en custodia».

[2] Estas palabras agradaron a toda la asamblea. Y echaron a suertes los sacerdotes sobre las doce tribus de Israel, y la suerte recayó sobre la tribu de Judá. Dijo el sacerdote: «Que todos los que no tienen mujer vengan mañana y traigan una vara en su mano». Y sucedió que entre los jóvenes vino también José trayendo su vara. Entregaron las varas al sumo sacerdote, quien ofreció a Dios un sacrificio y consultó al Señor. El Señor le respondió: «Meted las varas de todos dentro del Santo de los Santos y que permanezcan allí. Y ordénales que vuelvan mañana a recoger sus varas. Del extremo superior de una vara saldrá una paloma que volará hasta el cielo. Aquel en cuya mano la vara devuelta produzca esta señal, debe ser el que reciba a María en custodia».

[3] Sucedió que al día siguiente llegaron todos muy temprano. Hecha la oblación del incienso, entró el pontífice en el Santo de los Santos y sacó las varas. Las repartió todas, pero de ninguna salió la paloma. Entonces el pontífice Abiatar se vistió la vestidura sacerdotal con las doce campanillas, entró en el Santo de los Santos e inmoló un sacrificio. Y mientras recitaba su oración, se le apareció un ángel, que le dijo: «Hay aquí una vara muy pequeña, a la que no has prestado atención y que has colocado entre las demás. Cuando la saques y se la des al interesado, aparecerá en ella la señal de la que te hablé». Era en efecto aquella vara la de José, quien había sido postergado porque ya era anciano, y no había reclamado su vara para no verse obligado a acoger a la doncella. Y mientras estaba humildemente en el último lugar, lo llamó con gran voz el pontífice Abiatar, diciéndole: «Ven y recoge tu vara, porque por ti estamos expectantes». Se acercó José lleno de espanto, porque el sumo sacerdote le había llamado con un fuerte grito. Pero luego, cuando extendió la mano para recoger su vara, al instante salió de su extremidad superior una paloma preciosísima, más blanca que la nieve; y después de volar largo rato por los tejados del Templo, se dirigió hacia el cielo.

[4] Entonces todo el pueblo felicitaba al anciano diciendo: «Has logrado la felicidad en tu ancianidad, porque Dios ha manifestado que eres el idóneo para recibir a María». Pues los sacerdotes le decían: «Recíbela, porque de toda la tribu de Judá tú eres el único elegido por Dios». Entonces José, postrándose con humildad, comenzó a rogarles diciendo con vergüenza: «Soy anciano y ya tengo hijos, ¿por qué me confiáis esta jovencita?». Entonces, el sumo sacerdote Abiatar respondió: «Recuerda, José, cómo Datán, Abirón y Coré perecieron porque menospreciaron la voluntad del Señor. Lo mismo te sucederá si menosprecias esto que Dios te ordena». José replicó: «Yo no menosprecio la voluntad de Dios, sino que seré su custodio en tanto en cuanto se pueda saber por la voluntad de Dios cuál de mis hijos puede tomarla como esposa. Que se le den algunas compañeras vírgenes, con las cuales mientras tanto pueda convivir». Respondió el pontífice Abiatar, diciendo: «Se le facilitarán en efecto vírgenes para su consuelo, mientras llega el día determinado en

el que tú la recibas, pues no podrá unirse en matrimonio con ningún otro».

5 Entonces recibió José a María con otras cinco vírgenes, que vivirían con ella en casa de José. Estas vírgenes se llamaban Rebeca, Séfora, Susana, Abigea y Zahel, a las que los sacerdotes entregaron seda, jacinto, algodón, púrpura y lino. Echaron a suertes entre ellas para ver qué tendría que hacer cada una de ellas. A María le correspondió la púrpura para el velo del templo del Señor. Cuando la recibió, le decían las otras vírgenes: «Tú eres la más pequeña de todas y has merecido conseguir la púrpura». Al decir esto, empezaron a llamarla en tono de broma la reina de las vírgenes[461]. Como se comportaban de este modo, apareció en medio de ellas un ángel del Señor, que les dijo: «Esta expresión no tendrá sentido de broma, sino de verdadera profecía». Atemorizadas con la visión del ángel y con sus palabras, pidieron a María que las perdonase y que rezase por ellas.

La anunciación

9 1 Al día siguiente, mientras estaba María junto a la fuente llenando el cántaro, se le apareció un ángel del Señor que le dijo: «Feliz eres, María, porque has preparado en tu seno una morada para el Señor. He aquí que una luz vendrá del cielo para habitar en ti, y por ti resplandecerá en todo el mundo».

2 Otra vez, tres días más tarde, mientras trabajaba con sus manos la púrpura, entró donde ella estaba un joven cuya hermosura no es posible describir. Al verlo, María se asustó y se echó a temblar. Pero él le dijo: «No temas, María, que has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un rey, que dominará no solamente en la tierra sino en el cielo, y reinará por los siglos de los siglos».

10 1 Mientras sucedían estas cosas, José se encontraba trabajando en la ciudad marítima de Cafarnaún, pues era carpintero. Permaneció allí durante nueve meses. Cuando regresó a su casa, descubrió que María estaba encinta. Se estremeció todo y, lleno de angustia, exclamó: «Señor, Dios mío, recibe mi espíritu, pues es mejor para mí morir que vivir». Pero las vírgenes que estaban con María le dijeron: «¿Qué estás diciendo, señor José? Nosotras sabemos que no la ha tocado ningún varón; nosotras sabemos que la integridad y la virginidad permanecen inmaculadas en ella. Porque ha sido custodiada por Dios. Ha permanecido siempre en oración con nosotras. Todos los días habla con ella el ángel del Señor; todos los días recibe el alimento de manos del ángel. ¿Cómo es posible que haya en ella algún pecado? Pues si quieres que te manifestemos nuestra opinión, su gravidez no la ha causado sino el ángel de Dios».

2 Pero José replicó: «¿Por qué tratáis de convencerme para que os crea que un ángel del Señor es el que la ha dejado encinta? Es muy posible que alguien se haya fingido ser un ángel del Señor y la haya engañado». Al decir esto lloraba diciendo: «¿Con qué cara voy a ir al templo del Señor? ¿Con qué valor voy a mirar a los sacerdotes de Dios?». Mientras decía tales cosas, pensaba repudiarla en secreto.

11 1 Había decidido levantarse de noche para huir a algún lugar oculto en el que habitar, cuando en esa misma noche se le apareció en sueños un ángel del Señor, que le dijo:

«José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa, porque lo que hay en su seno es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo que se llamará Jesús, pues él salvará a su pueblo de sus pecados». Se levantó José del sueño, dio gracias a Dios, habló a María de lo que le habían contado sus compañeras y les narró su visión. Consolado sobre el asunto de María, le dijo: «He pecado porque abrigué sospechas contra ti».

José, objeto de investigación

12 [1] Sucedió después de estas cosas que se corrió el rumor de que María estaba encinta. Detenido, pues, José por los servidores del Templo, fue llevado al pontífice, quien juntamente con los sacerdotes empezó a reprenderlo, diciendo: «¿Por qué has falseado estas bodas con una virgen tan importante y tan grande, a la que los ángeles de Dios han alimentado en el Templo como a una paloma, que nunca quiso ni siquiera ver a un varón y que adquirió una formación excelente en la ley de Dios? Si tú no le hubieras hecho violencia, hubiera permanecido siendo virgen hasta el día de hoy». José se excusaba jurando que él nunca la había tocado. Entonces le dijo el pontífice Abiatar: «Vive Dios que enseguida te haré beber el agua de la prueba del Señor, y al punto quedará patente tu pecado».

[2] Entonces se congregó toda la multitud de Israel en cantidad innumerable, y fue también llevada María al templo del Señor. Los sacerdotes, lo mismo que sus parientes y allegados, decían llorando a María: «Confiesa tu pecado a los sacerdotes, pues eras como una paloma en el Templo y recibías el alimento de la mano de un ángel». Fue llamado también José ante el altar, y se le dio el agua de la prueba del Señor. Si un hombre que mentía la bebía y daba siete vueltas alrededor del altar, Dios hacía aparecer en su rostro una cierta señal. Pero cuando José la bebió con total seguridad y dio las vueltas alrededor del altar, no apareció en él señal alguna de pecado. Entonces todos los sacerdotes, los servidores y el pueblo todo lo declararon inocente diciendo: «Feliz eres tú, porque no se ha encontrado culpa en ti».

[3] Llamaron a María y le dijeron: «Y tú, ¿qué excusa puedes tener? ¿O qué mayor señal puede darse en ti que este embarazo que te delata? Lo único que te exigimos es que, ya que José es inocente, confieses quién es el que te ha engañado. Pues es mejor que tu confesión te delate, y no que la ira de Dios, al dar una señal en tu rostro, te ponga en evidencia delante de todo el pueblo». Entonces María, con firmeza e intrepidez, dijo: «Si hay en mí alguna impureza o algún pecado, o si hubo concupiscencia o deshonestidad, que el Señor me ponga de manifiesto a la vista de todos los pueblos para que sirva a todos de ejemplar escarmiento». Se acercó al altar del Señor confiadamente, bebió el agua de la prueba, dio siete vueltas alrededor del altar, pero no se halló mancha alguna en ella.

[4] El pueblo quedó estupefacto y sumido en la perplejidad, al ver el evidente embarazo y constatar que no aparecía en su rostro señal alguna. Empezaron a inquietarse con los varios rumores que iban surgiendo entre el pueblo. Unos proclamaban su santidad, otros la acusaban con mala fe. Entonces, María, viendo la sospecha del pueblo y puesto que no estaba del todo justificada, dijo con voz clara cuando todos la oían: «Vive Adonay, el

Señor de los ejércitos, en cuya presencia me encuentro, que nunca he conocido varón ni pienso conocerlo, porque desde mi niñez tengo tomada esta decisión. Y este es el voto que hice a Dios desde mi infancia: permanecer íntegra para aquel que me creó. En tal integridad confío que viviré para él solo, y mientras viva permaneceré para él solo libre de toda impureza».

[5] Entonces, todos la besaban rogándole que supiera disculpar sus malvadas sospechas. Todo el pueblo, los sacerdotes y todas las vírgenes la condujeron a su casa con regocijo y con gozo, diciendo a gritos: «Bendito sea el nombre del Señor, que manifestó tu santidad a todo el pueblo de Israel».

Nacimiento de Jesús

13 [1] Sucedió que, pasado algún tiempo, un edicto publicado del César Augusto ordenaba que todo el mundo fuera a empadronarse a su propia patria. Este empadronamiento fue ejecutado por el gobernador de Siria Cirino[462]. Se vio, pues, José en la necesidad de trasladarse a Belén con María, porque procedía de allí, y María era de la tribu de Judá y de la casa y de la patria de David. Cuando José y María iban por el camino que lleva a Belén, dijo María a José: «Veo a dos pueblos ante mí, a uno que llora y a otro que se alegra». José le respondió: «Estate sentada, sujétate bien en el jumento y no digas palabras inútiles». Entonces apareció ante ellos un joven hermoso, vestido con espléndidas vestiduras, que dijo a José: «¿Por qué has dicho que son superfluas las palabras sobre los dos pueblos de que ha hablado María? Pues ha visto al pueblo judío que lloraba, porque se ha apartado de su Dios, y ha visto al pueblo de los gentiles alegrarse porque se ha acercado y se ha colocado cerca del Señor. Es lo que prometió a nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob. Porque ha llegado el tiempo en que por la descendencia de Abrahán serán benditas todas las gentes».

[2] Dicho esto, el ángel mandó detenerse al jumento porque había llegado el momento del parto. Y ordenó a María que bajara de la cabalgadura y entrara en una cueva subterránea en la que nunca había habido luz, sino siempre tinieblas, porque no entraba en absoluto la luz del día. Pero, al entrar María, empezó toda la cueva a llenarse de resplandor, y como si dentro estuviese el sol, toda mostraba un fulgor luminoso. Como si allí fuera el mediodía, una luz divina iluminaba la cueva. Y ni de día ni de noche faltó la luz divina mientras estuvo dentro María. Fue allí donde dio a luz un niño, a quien rodearon los ángeles en el momento de nacer, y una vez nacido lo adoraron diciendo: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres del beneplácito divino».

[3] Ya hacía rato que José había ido a buscar comadronas. Y cuando regresó a la cueva, María ya había dado a luz al niño. José dijo a María: «Yo te he traído a las comadronas Zelomí y Salomé, pero están fuera delante de la cueva y no se atreven a entrar acá por el excesivo resplandor». Al oír María estas cosas, se sonrió. Pero José le dijo: «No te sonrías, sino sé cauta, no sea que vayas a necesitar alguna medicina». Entonces mandó que una de ellas entrara con él. Entró Zelomí, y dijo a María: «Permíteme que te toque». Cuando María le permitió que la tocara, exclamó a grandes voces la comadrona diciendo: «¡Señor,

gran Señor, ten misericordia! Nunca se ha oído ni siquiera sospechado que los pechos estén llenos de leche, y el niño que ha nacido haya dejado virgen a su madre. Ninguna mancha de sangre hay en el recién nacido, ningún dolor en la parturienta. Una virgen concibió, virgen dio a luz, virgen permaneció».

4 Al oír estas palabras la otra comadrona, llamada Salomé, dijo: «Lo que estoy oyendo no lo creeré si yo misma no lo compruebo». Entró Salomé donde estaba María y le dijo: «Permíteme que te palpe y compruebe si es verdad lo que ha dicho Zelomí». Como María le permitió que la palpase, introdujo su mano Salomé. Cuando la alargó para tocar, al punto se le quedó seca la mano. Presa de dolor, comenzó a llorar vehementemente, a angustiarse y a decir a gritos: «Señor, tú sabes que siempre te he tenido temor, y que cuidé a todos los pobres sin retribución por mi trabajo, nunca cobré a las viudas y a los huérfanos, y nunca despedí vacío a ningún necesitado. Y mira cómo ahora me he convertido en una miserable por mi incredulidad, porque me atreví a sondear a tu virgen».

5 Cuando hubo dicho estas cosas, apareció junto a ella un joven todo espléndido que le decía: «Acércate al niño, adóralo y tócalo con tu mano. Él te salvará, porque es el Salvador del mundo y de todos los que en él ponen su esperanza». Ella se acercó al niño al instante, lo adoró y le tocó la orla de los pañales en los que estaba envuelto. Inmediatamente quedó curada su mano. Saliendo fuera, comenzó a proclamar y a contar las grandezas de los milagros que había visto y que había experimentado, y cómo había sido curada. De manera que muchos creyeron al oír su testimonio.

6 Pues también unos pastores de ovejas afirmaban que habían visto ángeles que en plena noche cantaban un himno, alababan y bendecían al Dios del cielo. Y decían que había nacido el Salvador de todos, que es el Cristo Señor, en quien será restaurada la salvación de Israel.

7 Hasta brillaba sobre la cueva desde la tarde a la mañana una gran estrella, cuya magnitud no se había visto nunca desde el origen del mundo. Los profetas que había en Jerusalén decían que aquella estrella anunciaba el nacimiento de Cristo, que cumpliría la promesa hecha no solamente a Israel, sino a todas las gentes.

14 1 A los tres días del nacimiento del Señor, salió María de la cueva y entró en un establo. Colocó al niño en un pesebre, y un buey y un asno lo adoraron. Entonces se cumplió lo anunciado en la profecía de Isaías: «Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor» (Is 1, 3). Y es que los mismos animales, situados a su lado, lo adoraban sin cesar. Así se cumplió lo dicho en la profecía de Habacuc: «En medio de dos animales te darás a conocer[463]». En aquel mismo lugar permanecieron José y María con el niño durante tres días.

15 1 El sexto día entraron en Belén, donde pasaron el séptimo día. Al octavo día, al circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno. Cuando se cumplieron los días de la purificación de María según la ley de Moisés, José llevó al niño al templo del Señor. Y

como el niño recibió la circuncisión, ofrecieron por él un par de tórtolas y dos polluelos de paloma.

2 Había en el templo del Señor un varón perfecto y justo, de nombre Simeón, de ciento doce años de edad. Había recibido la promesa de parte del Señor de que no gustaría la muerte antes de ver al Mesías, el hijo de Dios encarnado. En cuanto vio al niño, exclamó, diciendo a grandes voces: «¡Dios ha visitado a su pueblo, el Señor ha cumplido su promesa!». Y a toda prisa adoró al niño. A continuación lo tomó en su manto, lo adoró nuevamente y besaba sus plantas diciendo: «Ahora dejas marchar a tu siervo en paz, Señor, según tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel[464]».

3 Estaba también en el templo del Señor la profetisa Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Había vivido con su marido siete años desde su matrimonio, y era viuda ya desde hacía ochenta y cuatro años. Nunca se había apartado del templo del Señor y había vivido dedicada a los ayunos y a la oración. Acercándose, adoraba al niño diciendo que en él estaba la redención del mundo[465].

Los magos y muerte de los inocentes

16 1 Pasados dos años, llegaron a Jerusalén unos magos de Oriente portando grandes regalos. Preguntaron insistentemente a los judíos diciendo: «¿Dónde está el rey que os ha nacido? Pues hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo». Este rumor llegó al rey Herodes. Y tanto lo aterrorizó que envió emisarios a los escribas, fariseos y doctores del pueblo para averiguar por ellos dónde vaticinaron los profetas que iba a nacer el Mesías. Ellos le contestaron: «En Belén de Judá. Pues así está escrito: “Y tú, Belén, tierra de Judá, de ninguna manera eres la más pequeña entre las principales ciudades de Judá; pues de ti saldrá el caudillo que regirá a mi pueblo de Israel”». Entonces el rey Herodes llamó a los magos e investigó de ellos con diligencia cuándo se les había aparecido la estrella. Y los envió a Belén diciendo: «Id y preguntad con todo interés sobre el niño, y cuando lo encontréis, anunciádmelo para que yo vaya también a adorarlo».

2 Cuando los magos iban de camino, se les apareció la estrella, y como si les hiciera de guía, así les precedía hasta que llegaron al lugar donde estaba el niño. Los magos, al ver la estrella, se alegraron con un grandísimo gozo. Entraron en la casa y hallaron al niño Jesús sentado en el regazo de su madre. Entonces abrieron sus tesoros y obsequiaron a María y a José con grandes regalos. Luego cada uno ofreció al Niño una moneda de oro. A continuación uno le ofreció oro, otro incienso y el otro mirra. Y como estaban dispuestos a volver al rey Herodes, recibieron en sueños un aviso de un ángel para que no lo hicieran. Pero ellos, después de adorar gozosamente al niño, regresaron a su tierra por otro camino.

17 1 Viendo el rey Herodes que había sido burlado por los magos, montó en cólera y envió mensajeros por todos los caminos con intención de apresarlos y matarlos. Pero al no poder encontrarlos de ninguna manera, envió sicarios a Belén y mató a todos

los niños de dos años para abajo, de acuerdo con el tiempo que había averiguado de los magos.

[2] Pero un día antes de que lo hiciera, fue avisado José en sueños por un ángel del Señor que le dijo: «Toma a María y al niño, y vete a Egipto por el camino del desierto». José se marchó según le había dicho el ángel.

Huida a Egipto

18 [1] Llegaron a una cueva, en la que decidieron descansar. Bajó, pues, María del jumento y se sentó teniendo a Jesús sobre el regazo. Hacían el viaje con José tres jóvenes, y una jovencita con María. Y hete aquí que de la cueva salieron de repente muchos dragones. Los jóvenes, al verlos, se pusieron a gritar movidos por un gran temor. Entonces Jesús bajó del regazo de su madre y se puso de pie delante de los dragones. Pero ellos, después de adorarlo, se marcharon. Se cumplió entonces lo que había predicho el profeta David: «Alabad al Señor desde la tierra los dragones y todos los abismos» (Sal 148, 7)[466].

[2] Entonces el niñito Jesús, caminando delante de ellos, les ordenó que no hicieran daño a ningún hombre. Pero María y José tenían mucho miedo de que los dragones pudieran dañar al pequeño. Jesús les dijo: «No temáis, ni penséis que soy un niño pequeño, pues yo siempre he sido y soy un varón perfecto. Y es necesario que todas las fieras de los bosques sean mansas ante mí».

19 [1] De la misma manera, los leones y los leopardos lo adoraban y les hacían compañía por el desierto. A donde se dirigían María y José, les precedían mostrándoles el camino. Y adoraban a Jesús inclinando sus cabezas. El primer día que vio María a los leones que se le acercaban y a varias clases de fieras, quedó fuertemente asustada. Pero el niño Jesús, mirándola con rostro alegre, le dijo: «No temas, madre, pues se apresuran a venir no para hacerte daño sino para obsequiarte». Dichas estas cosas, ahuyentó el temor de sus corazones.

[2] Los leones caminaban juntamente con ellos, y con los bueyes, los asnos y las bestias que portaban el equipaje. Aunque permanecían junto a ellos, a ninguno dañaban, sino que estaban tan mansos entre las ovejas y los carneros que habían traído y los llevaban consigo desde Judea. Caminaban entre los lobos, y ninguno era dañado por otro. Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta: «Los lobos pacerán con los corderos, el león y el buey se alimentarán juntamente de paja[467]». Había dos bueyes y el carro en el que portaban el bagaje. Eran los leones los que los dirigían en su camino.

20 [1] Sucedió que a los tres días de marcha, María se sintió fatigada por el calor del desierto. Vio una palmera y dijo a José: «Descansaré un poquito bajo su sombra». José la llevó rápidamente a la palmera y la hizo bajar del jumento. Una vez que se hubo sentado, mirando hacia las ramas de la palmera, vio que estaban llenas de frutos, y dijo a José: «Desearía, si es posible, tomar algún fruto de esta palmera». José le contestó: «Me sorprende que digas esto cuando ves lo alta que es esta palmera y que pienses en

comer de sus frutos. Yo me preocupo más de la escasez de agua, que ya falta en los odres, y no tenemos para satisfacer nuestra sed y la de los jumentos».

2 Entonces el niñito Jesús, recostado con rostro alegre en el regazo de su madre, dijo a la palmera: «Dóblate, árbol, y con tus frutos da alivio a mi madre». Inmediatamente, ante esta voz, la palmera dobló su cima hasta las plantas de María. Y recogieron de ella frutos de los que todos quedaron reconfortados. Una vez que fueron recogidos todos los frutos de la palmera, seguía inclinada esperando para levantarse que le dieran la misma orden que la había ordenado inclinarse. Entonces Jesús le dijo: «Levántate, palmera, descansa y sé compañera de mis árboles que están en el paraíso de mi Padre. Pero abre ahora desde tus raíces una vena que está escondida en la tierra para que de ella broten aguas con las que podamos saciarnos». Al punto se levantó la palmera, y empezaron a salir de sus raíces manantiales de agua limpísima, fresca y dulce por demás. Cuando vieron las fuentes de agua, se alegraron con gran alegría, y se saciaron con hombres y jumentos dando gracias a Dios.

21 1 Al día siguiente se marcharon de allí, y en el momento en que iniciaban el camino, se volvió Jesús hacia la palmera y le dijo: «Te otorgo este privilegio, palmera, que una de tus ramas sea trasladada por mis ángeles y plantada en el paraíso de mi Padre. Y te concederé esta bendición: que a todos los que venzan en algún certamen se les diga: “Habéis llegado a la palma de la victoria”». Mientras esto decía, he aquí que un ángel del Señor apareció sobre la cima de la palmera, tomó una de sus ramas y subió volando al cielo con la rama en la mano. Al ver este prodigio, cayeron todos rostro a tierra y quedaron como muertos. Pero Jesús les habló diciendo: «¿Por qué el temor ha invadido vuestros corazones? ¿No sabéis que esta palmera, que he hecho trasladar al paraíso, estará preparada para todos los santos en el lugar de las delicias como lo ha estado para vosotros en este desierto?». Y se levantaron todos llenos de gozo.

22 1 Mientras caminaban, le dijo José: «Señor, un calor excesivo nos consume. Si te parece bien, tomemos el camino junto al mar para poder atravesar las ciudades marítimas descansando». Jesús le dijo: «No tengas miedo, José; yo abreviaré vuestro camino, de modo que lo que debíais recorrer en treinta días, lo terminéis hoy en un solo día». Mientras hablaban estas cosas, extendieron la vista y comenzaron a ver los montes y las ciudades de Egipto.

2 Alegres y gozosos, llegaron a los confines de Hermópolis, y entraron en una ciudad de Egipto, de nombre Sotinen. Como allí no había ningún conocido en cuya casa hospedarse, entraron en un templo que se llamaba Capitolio de Egipto. En aquel templo había depositados trescientos sesenta y cinco ídolos, a quienes se ofrecían cada día honores divinos sacrílegamente.

23 1 Sucedió que cuando María santísima entró con el niño en el templo, todos los ídolos cayeron en tierra, de modo que todos yacían demolidos y hechos trizas sobre sus rostros. Demostraron así con toda evidencia que no eran nada. Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Isaías: «Ved que el Señor vendrá sobre una nube ligera y

entrará en Egipto, y se moverán de su sitio todas las obras de los egipcios hechas a mano» (Is 19, 1).

24 [1] Cuando se anunció lo sucedido a Afrodisio, gobernador de aquella ciudad, vino al templo con todo su ejército. Al ver los sacerdotes del templo que llegaba a toda prisa Afrodisio con todo su ejército, pensaban que iban a ver cómo se tomaba venganza contra los que habían sido la causa de que los dioses se vinieran abajo. Pero, entrado aquel en el templo, como vio que todos los ídolos yacían caídos sobre su rostro, se acercó a María y adoró al Niño que llevaba ella sobre su regazo. Y después de adorarlo, se dirigió a todo su ejército y a sus amigos diciendo: «Si este no fuera el Dios de nuestros dioses, nuestros dioses de ningún modo hubieran caído sobre sus rostros, ni yacerían postrados en su presencia. De donde se deduce que ellos lo están confesando tácitamente como su Dios. Por consiguiente, si todos nosotros no obramos con cautela como vemos que hacen nuestros dioses, podríamos incurrir en el peligro de su indignación y perecer, como ocurrió al Faraón, rey de los egipcios, quien por no creer en tan grandes prodigios fue sumergido en el mar con todo su ejército». Entonces todo el pueblo de aquella ciudad creyó en el Señor Dios por medio de Jesucristo.

PARTE SEGUNDA

25 Poco tiempo después, dijo el ángel a José: «Regresa a la tierra de Judá, pues han muerto los que buscaban la vida del niño[468]».

Las charcas de barro

26 [1] Sucedió que después del regreso de Jesús de Egipto, cuando estaba en Galilea, apenas cumplidos los tres años de edad, jugaba en un día de sábado con otros niños en el lecho del río Jordán. Se sentó Jesús e hizo siete charcas con barro, a cada una de las cuales añadió pequeños terrenos. A través de ellos, a su mandato, hizo correr las aguas de la corriente y luego las hacía volver. Entonces uno de los niños, hijo del diablo, llevado de la envidia, cerró el acceso por donde las aguas iban a las charcas y trastornó la obra de Jesús. Entonces le dijo Jesús: «¡Ay de ti, hijo de la muerte, hijo de Satanás! ¿Destruyes tú la obra que acabo de construir?». Y enseguida el que había hecho eso cayó muerto.

[2] Entonces los padres del muerto se pusieron a gritar con voz airada contra María y José, diciendo: «La maldición de vuestro hijo ha hecho que muera el nuestro». Al oírlo José y María, se dirigieron al punto a Jesús movidos por el escándalo de los padres del niño y el tumulto de los judíos. Pero José dijo en secreto a María: «Yo no me atrevo a hablarle; pero tú aconséjale y dile: “¿Por qué has excitado contra nosotros el odio de la gente, y tenemos que aguantar ahora esta molesta actitud de los hombres?”». Llegó, pues, su madre y le preguntó: «Señor mío, ¿qué es lo que ha hecho ese niño para tener que morir?». Él le respondió: «Era digno de muerte por haber destruido la obra que yo había

realizado».

3 Pero su madre le rogaba diciendo: «No hagas estas cosas, mi Señor, porque todos se levantan contra nosotros». Y él, no queriendo contristar a su madre, golpeó con su pie derecho las nalgas del muerto y le dijo: «Levántate, hijo de la iniquidad; pues no eres digno de entrar en el descanso de mi Padre, porque deshiciste la obra que yo había construido». Entonces resucitó el que estaba muerto y se fue. Y Jesús con su mandato conducía las aguas a las charcas por los canales.

Los pajarillos de barro

27 1 Después de estos sucesos, sucedió a la vista de todos que tomó Jesús barro de las charcas que había fabricado y con él hizo doce pajarillos. Era sábado el día en que Jesús hizo esto, y con él había muchos niños. Pero como uno de los judíos vio lo que Jesús hacía, dijo a José: «José, ¿no ves cómo tu hijo Jesús hace en sábado lo que no le está permitido? Pues ha fabricado de barro doce pajarillos». Al oírlo, José reprendió a Jesús, diciéndole: «¿Por qué haces en sábado lo que no nos está permitido?». Pero Jesús, al oír a José, dando unas palmadas, dijo a los pajarillos: «Volad». A la voz de su mandato echaron a volar. Y en presencia de todos los que estaban allí, que veían y escuchaban, dijo a las aves: «Id y volad por el orbe y por todo el universo, y vivid».

2 Cuando los presentes vieron tales prodigios, quedaron llenos de gran estupor. Unos lo alababan y admiraban; otros lo vituperaban. Se dirigieron algunos a los príncipes de los sacerdotes y a los jefes de los fariseos, y les anunciaron que Jesús, el hijo de José, había hecho en presencia de todo el pueblo de Israel grandes señales y prodigios. Y lo mismo se anunció a las doce tribus de Israel.

Las charcas destruidas

28 1 Nuevamente, el hijo de Anás, sacerdote del Templo, que había venido con José, tomando un bastón en la mano, a la vista de todos y con enorme furor, destruyó las charcas que Jesús había fabricado con sus manos. Se derramaron las aguas que Jesús había recogido en ellas del torrente. También obstruyó el canal por el que entraban las aguas y luego lo destruyó. Cuando Jesús lo vio, dijo a aquel niño que había destruido sus charcas: «¡Oh pésimo germen de iniquidad, hijo de la muerte, taller de Satanás! En verdad que el fruto de tu descendencia quedará sin vigor; tus raíces, sin humedad; tus ramas, secas, sin frutos». Al momento y a la vista de todos, el muchacho quedó seco y murió.

29 1 A continuación quedó José temblando, tomó a Jesús y se dirigió a su casa con él y con su madre. Y he aquí que de pronto llegó corriendo por la parte de enfrente un muchacho, actor también de la iniquidad, y se lanzó sobre el hombro de Jesús con intención de burlarse o de hacerle daño si podía. Pero Jesús le dijo: «No volverás sano del camino por donde vas». Al momento cayó muerto. Los padres del muerto, que habían visto lo sucedido, exclamaron diciendo: «¿De dónde ha nacido este niño? Está claro que todo lo que dice es verdad, y frecuentemente se cumple antes de que lo diga». Se acercaron, pues, los padres del muchacho muerto a José y le dijeron: «Llévate a este Jesús

de este lugar, pues no puede habitar con nosotros en este pueblo. O, si acaso, enséñale a bendecir y no a maldecir». Se acercó entonces José a Jesús y le daba estos consejos: «¿Por qué haces estas cosas? Ya hay muchos contra ti que se han visto perjudicados, y por tu culpa nos odian y tenemos que aguantar las molestias de la gente». Jesús respondió a José: «Ningún hijo es sabio, sino aquel a quien su padre instruye según la ciencia de este tiempo, y a nadie daña la maldición de su padre sino a los que obran mal».

[2] Entonces hubo una reunión de vecinos contra Jesús, a quien acusaban ante José. Tan pronto como José vio lo que sucedía, se asustó en demasía por temor a una sedición con violencia del pueblo de Israel. En aquel mismo momento, tomó Jesús al muchacho muerto por una oreja y lo suspendió en el aire a la vista de todos. Y vieron que Jesús hablaba con él como un padre con su hijo. Volvió el espíritu al muchacho y revivió. Y todos quedaron admirados.

Jesús en la escuela

30 [1] Un cierto maestro judío, por nombre Zaquías, oyó a Jesús cuando decía tales cosas. Y viendo que resultaba invencible por la ciencia de su virtud, se sintió dolido y comenzó a hablar contra José sin educación, neciamente y sin respeto. Pues decía: «¿No quieres entregar a tu hijo para que sea educado en las ciencias humanas y en el temor? Pero veo que tú y María preferís amar a vuestro hijo más que a las tradiciones de los ancianos del pueblo. Os convenía que honraseis más a los ancianos de toda la asamblea de Israel y que vuestro hijo tuviese caridad mutua con los otros niños y fuese educado en la doctrina judía».

[2] José, por su parte, le dijo: «¿Quién hay que pueda dominar y enseñar a este muchacho? Pero si tú puedes dominarlo y enseñarle, nosotros no te prohibimos en modo alguno que le enseñes lo que suele aprender el común de los hombres». Al oír Jesús lo que había dicho Zaquías, le respondió diciendo: «Maestro de la Ley, lo que acabas de decir y todo lo que has mencionado conviene que lo cumplan los que son instruidos en las instituciones humanas. Pero yo soy ajeno a vuestros fueros, porque no tengo un padre carnal. Tú, que conoces la Ley y estás instruido en ella, estás sujeto a la Ley. Pero yo existía ya antes de la Ley. Tú, que crees que no hay quien te iguale en conocimientos, podrías ser instruido por mí. Porque ningún otro puede enseñar otras osas que las que has mencionado. Pero puede el que es digno de hacerlo[469]. Y yo cuando sea levantado de la tierra[470], haré cesar toda idea de vuestra genealogía. Tú no sabes cuándo naciste. En cambio, solo yo sé cuándo nacisteis y cuánto tiempo va a durar vuestra vida sobre la tierra».

[3] Entonces todos los que oyeron estas cosas públicamente quedaron estupefactos y exclamaron diciendo: «¡Oh!, ¡oh!, ¡oh! Este es un misterio realmente grande y admirable. Nunca hemos oído algo semejante. Nunca se ha oído decir nada parecido ni por parte de los profetas, ni de los fariseos, ni de los escribas. Nosotros sabemos dónde ha nacido este y que apenas tiene cinco años. Pero ¿de dónde ha aprendido lo que habla?». Los fariseos respondieron: «Nosotros nunca hemos oído que tales cosas las diga otro niño en tal edad

infantil».

[4] Pero Jesús, respondiendo, les dijo: «¿Os admiráis de que un niño diga estas cosas? ¿Pues por qué no me creéis en lo que os digo? Porque os dije que yo sé cuándo nacisteis, os quedáis admirados. Pues os diré más cosas que os causarán mayor admiración. Yo vi a Abrahán, a quien vosotros llamáis vuestro padre, hablé con él y él me vio también». Cuando oyeron esto, guardaron silencio, y ninguno de ellos se atrevía a hablar. Jesús añadió: «Estuve entre vosotros con otros niños, pero no me conocisteis. Hablé con vosotros como con personas prudentes, pero no entendisteis mi voz, porque sois más pequeños que yo y de poca fe».

31 [1] El maestro Zaquías, doctor de la Ley, dijo de nuevo a José y a María: «Dadme al Niño, y yo se lo entregaré al maestro Leví para que le enseñe las letras y lo instruya». Entonces José y María condujeron a Jesús entre halagos a la escuela para que aprendiera las letras con el anciano Leví. Jesús entró, pero permanecía callado. El maestro Leví le iba enseñando las letras, y empezando por la primera, el *álef*, le decía: «Responde». Pero Jesús callaba y no respondía nada. Entonces el preceptor Leví se enfadó, tomó una vara de estoraque y lo golpeó en la cabeza.

[2] Jesús dijo al maestro Leví: «¿Por qué me pegas? En verdad has de saber que el mismo que es golpeado enseña al que lo golpea más de lo que aprende de él. Pues bien, yo puedo decirte las cosas que tú me dices. Pero todos estos que hablan y escuchan son ciegos “como bronce que suena o címbalo que retiñe” (1 Cor 13, 1), que no comprenden las cosas que se transmiten con su sonido».

Jesús, hablando a Zaquías, añadió: «Toda letra, desde *álef* hasta *tau* se distingue por su disposición. Dime tú primero lo que es *tau* y yo te diré lo que es *álef*». Pero de nuevo Jesús les dijo: «¡Hipócritas! ¿Cómo pueden decir *tau* los que ignoran el *álef*? Decidme primero qué es *álef*, y yo entonces os creeré cuando digáis *beth*». Jesús comenzó a preguntar los nombres de cada una de las letras y dijo. «Que el maestro de la Ley diga lo que es la primera letra, o por qué tiene tantos triángulos, escalenos, subagudos, divididos por la mitad, opuestos, alargados, rectos, horizontales, horizontales en curva». Cuando Leví oyó estas cosas, quedó sorprendido ante tan variada disposición de los nombres de las letras.

[3] Entonces, escuchándolo todos, empezó Leví a gritar: «¿Debe acaso un hombre así vivir sobre la tierra? Más bien merece ser colgado en una gran cruz, pues puede apagar el fuego y evitar los otros tormentos. Yo pienso que este ya existió antes del cataclismo y que nació antes del diluvio. ¿Pero qué vientre lo gestó? ¿O qué madre lo dio a luz? ¿O qué pechos lo amamantaron? Huyo de él, pues no puedo aguantar la palabra de su boca, sino que mi corazón queda estupefacto al oír tales palabras. No creo que haya hombre capaz de comprender su palabra a no ser que Dios le ayude. Yo mismo, infeliz de mí, me he expuesto a sus burlas. Pues pensando que tenía un discípulo, me he encontrado, sin enterarme, con mi maestro. ¿Qué puedo decir? No puedo aguantar las palabras de este niño. Huiré de este pueblo, porque no puedo entender estas cosas. Siendo un anciano, he

sido vencido por un niño. Pues no puedo hallar ni el principio ni el fin de lo que dice. Es difícil que alguien pueda encontrar el principio por sí mismo. Os lo digo abiertamente, no miento, que, en mi opinión, el comportamiento de este niño y los principios de su conversación y el resultado de su intención nada parecen tener de común con los hombres. Por lo tanto, no sé si este niño es un mago o es Dios, o es más bien un ángel de Dios el que habla en él. No sé de dónde es, de dónde ha venido o qué puede llegar a ser».

4 Entonces Jesús, sonriendo con rostro alegre ante él, dijo con autoridad a todos los hijos de Israel que estaban presentes y escuchaban: «Que fructifiquen los estériles, vean los ciegos, los cojos anden correctamente, los pobres gocen de bienes, resuciten los muertos para que vuelva cada uno a su estado natural recuperado y permanezca en aquel que es la raíz de la vida y de la dulzura perpetua». Cuando el niño Jesús terminó de decir estas palabras, quedaron al instante recuperados todos los que habían incurrido en molestas enfermedades. Y no se atrevía ya nadie a decirle nada ni a oír nada de su boca.

Jesús resucita a un muerto

32 1 Después de esos sucesos, se marcharon de allí José y María con Jesús a la ciudad de Nazaret. Allí vivía Jesús en compañía de sus padres. Estando allí Jesús un día de sábado jugando con otros niños en la azotea de una casa, sucedió que uno de los niños empujó a tierra desde la azotea a otro, que murió. Sin haberlo visto, los padres del muerto, gritaban contra José y María, diciendo: «Vuestro hijo ha hecho caer a tierra a nuestro hijo, que ha muerto». Pero Jesús callaba y no les respondía nada. Se dirigieron a toda prisa José y María a Jesús, y ella le preguntaba: «Señor mío, dime si has sido tú el que le has hecho caer a tierra». Al momento, bajó Jesús de la azotea a tierra y llamó al niño por su nombre, que era Zenón. Este respondió: «¡Señor!». Jesús le preguntó: «¿Fui yo acaso el que te empujó a tierra desde la azotea?». El niño contestó: «¡No, Señor!» Quedaron admirados los padres del niño que había muerto y honraban a Jesús por el milagro realizado. De allí marcharon José y María con Jesús hacia Jericó.

El agua en el manto

33 1 Tenía Jesús seis años. Y su madre lo envió con otros niños a traer agua de la fuente con un cántaro. Sucedió que, cuando ya había sacado el agua, uno de los niños le dio un empujón, golpeó el cántaro y lo rompió. Pero Jesús extendió el manto que vestía, recogió en el manto toda el agua que había en el cántaro y se la llevó a su madre. Ella, al verlo, se admiraba, reflexionaba dentro de sí y todo lo guardaba en su corazón.

Siembra prodigiosa

34 1 De nuevo salió otro día al campo con un poco de trigo del granero de su madre, y lo sembró. El trigo nació, creció y se multiplicó en exceso. Finalmente, él mismo lo segó y recogió tres coros[471] de grano, que repartió ente varios conocidos.

Jesús en la cueva de los leones

35 [1] Hay un camino que sale de Jericó y se dirige al río Jordán, en el lugar por donde pasaron los hijos de Israel. Se dice que fue allí donde fue depositada el Arca de la Alianza. Cuando Jesús tenía ocho años, salió de Jericó y se dirigía al Jordán. Al lado del camino, cerca de la orilla del Jordán, había una gruta donde una leona alimentaba a sus cachorros. Nadie podía caminar con seguridad por aquel camino. Pero vino Jesús de Jericó, y sabiendo que en aquella cueva había parido la leona a sus crías, entró en ella a la vista de todos. Cuando vieron los leones a Jesús, salieron corriendo a su encuentro y lo adoraron. Jesús estaba sentado dentro de la gruta, y los leoncitos correteaban por sus pies haciéndose caricias mutuamente con Jesús y jugando. Los leones adultos, que estaban de lejos con la cabeza baja, lo adoraron y le hacían fiestas ante él con sus colas.

[2] Entonces el pueblo, que permanecía alejado, al no ver a Jesús, dijo: «Si no fuera porque este o sus padres habían cometido graves pecados, no se habría ofrecido espontáneamente a los leones». Mientras el pueblo pensaba estas cosas en su interior, presa de una gran tristeza, he aquí que de pronto Jesús salió de la gruta a la vista de todos y ante sus pies iban los leones jugando entre ellos. Sus padres, con la cabeza baja, estaban de lejos observando. Igualmente la gente se mantenía lejos por miedo a los leones, pues no se atrevían a acercarse. Entonces Jesús empezó a decir al pueblo: «¡Cuánto mejores que vosotros son las bestias, que reconocen a su Señor y lo glorifican, mientras que vosotros, creados a imagen y semejanza de Dios, lo ignoráis! Las bestias me reconocen y se amansan; los hombres me ven y no me reconocen».

36 [1] Después de estos sucesos, atravesó Jesús el Jordán con los leones a la vista de todos. Las aguas del Jordán se dividieron a derecha e izquierda. Entonces dijo a los leones de forma que todos lo oyeron: «Id en paz y no hagáis daño a nadie, pero que tampoco los hombres os lo hagan a vosotros hasta que regreséis al lugar de donde salisteis». Ellos se despidieron no con la voz sino con la actitud y se marcharon a sus lugares. Y Jesús regresó con su madre.

Jesús, ayudante de su padre José

37 [1] José era de oficio carpintero y no hacía otra cosa de madera sino yugos de bueyes, arados, instrumentos para remover la tierra y otros aperos de labranza, y fabricaba también camas de madera. Y sucedió que cierto joven le encargó que le hiciera un lecho de seis codos. Mandó José a su ayudante que cortara la madera con la sierra según las medidas dadas. Pero no se adaptó a lo señalado, sino que hizo un travesaño más corto que el otro. Comenzó José a discurrir inquieto qué tendría que hacer en tal situación.

[2] Cuando Jesús lo vio tan seriamente preocupado, como que no encontraba solución al caso, se dirigió a él en tono de consuelo, diciendo: «Ven, sostengamos los extremos de ambos maderos, unámoslos uno con otro, los igualamos y los traemos hacia nosotros. Así podremos hacerlos iguales». José obedeció a lo que mandaba Jesús, pues sabía que podía hacer cuanto quisiera. Tomó José los extremos de los maderos y los apoyó en la pared junto a él. Jesús sostuvo los otros extremos de los maderos, tiró del más corto y lo igualó

con el madero más largo. Y dijo a José: «Vete a trabajar y cumple con el encargo». José cumplió lo que había prometido.

Jesús va de nuevo a la escuela

38 [1] Sucedió por segunda vez que el pueblo pidió a José y a María que Jesús aprendiera letras en la escuela. No se negaron a realizarlo, y de acuerdo con el precepto de los ancianos, lo llevaban a un maestro para que le enseñara las ciencias humanas. Entonces el maestro empezó a enseñarle con autoridad diciendo: «Di *álef*». Pero Jesús le dijo: «Dime tú primero qué es *bet*, y yo te diré qué es *álef*». Airado el maestro con la respuesta, golpeó a Jesús. Y al momento de golpearlo murió.

[2] Jesús volvió a casa con su madre. Pero José, llenó de temor, llamó a María y le dijo: «Sabe que en verdad mi alma está triste hasta la muerte por causa de este joven. Pues es posible que alguien lo golpee alguna vez con malicia, y muera». María le respondió: «Varón de Dios, no creas que esto pueda pasar. Más aún, ten la seguridad de que quien mandó que naciera entre los hombres lo guardará de todos los malhechores y lo librara en su nombre de todo mal».

39 [1] Por tercera vez rogaron los judíos a María y a José que lo llevaran con halagos a otro maestro para que lo instruyera. Llenos de temor José y María por el pueblo, la insolencia de los príncipes y las amenazas de los sacerdotes, lo llevaron nuevamente a la escuela, conscientes de que no podría aprender nada de los hombres el que poseía una ciencia perfecta recibida de solo Dios.

[2] Una vez que Jesús entró en la escuela, guiado por el Espíritu Santo, tomó el libro de la mano del maestro que enseñaba la Ley. Y en presencia de todo el pueblo comenzó a leer, pero no lo que estaba escrito en el libro, sino que hablaba inspirado por el Espíritu de Dios vivo, como cuando un torrente brota de una fuente viva, que siempre permanece llena. Enseñaba con tanto valor al pueblo las grandezas de Dios, que el mismo maestro, cayendo en tierra lo adoró. El corazón del pueblo que estaba presente y lo había escuchado decir tales cosas quedó estupefacto. Cuando se enteró José, vino corriendo hasta Jesús, temiendo que el mismo maestro muriera. Cuando el maestro lo vio, le dijo: «Tú no me has enviado un discípulo, sino un maestro. ¿Y quién puede aguantar sus palabras?». Entonces se cumplió lo dicho por medio del salmista: «El río de Dios está lleno de agua. Preparaste su alimento, pues así está preparado[472]».

Nueva resurrección en Cafarnaún

40 [1] Después marchó desde allí José con María y Jesús para dirigirse a la marítima Cafarnaún por la maldad de los hombres que les eran contrarios. Cuando Jesús habitaba ya en Cafarnaún, había en la ciudad un hombre llamado José, que era muy rico. Cayó en una grave enfermedad y murió. Su cadáver yacía en una camilla.

[2] Oyó Jesús que en la ciudad se lamentaban, lloraban y gemían por el muerto. Dijo, pues, a José: «¿Por qué no concedes el beneficio de tu gracia a este que se llama como tú?». José le replicó: «¿Qué poder o qué facultad tengo yo para prestar un beneficio a este

hombre?». Jesús le dijo: «Toma el sudario que tienes en tu cabeza, ve a ponerlo sobre el rostro del muerto y dile: “Que Cristo te salve”. Enseguida será salvo, y el difunto se levantará de su camilla». Cuando lo oyó José, marchó al punto corriendo según la recomendación de Jesús. Entró en la casa del difunto, y el sudario que tenía en la cabeza lo colocó sobre el rostro del que yacía en la camilla, diciendo: «Que Jesús te salve». Al punto se levantó el muerto del lecho y preguntaba quién era Jesús.

La víbora

41 [1] Se marcharon de la ciudad de Cafarnaún a la ciudad que se llama Belén. José vivía en su casa con María, y con ellos estaba Jesús. Cierto día llamó José a Santiago, su hijo primogénito, y lo envió al huerto a recoger verduras para hacer un guiso. Jesús fue con Santiago, su hermano, al huerto sin que lo supieran José ni María. Mientras Santiago recogía las verduras, salió de pronto una víbora de su agujero, que mordió a Santiago en la mano. Por el desmedido dolor, empezó a gritar. Y ya a punto de desfallecer, decía con amargura en la voz: «¡Ay! ¡ay! Una víbora malísima me ha mordido en la mano».

[2] Jesús se encontraba en la parte contraria. Corrió hacia Santiago al oír sus gritos de amargura. Sujetó su mano, y no hizo otra cosa nada más que soplar en la mano de Santiago y enfriarla. Al momento, Santiago sanó y el reptil murió. José y María ignoraban lo ocurrido. Pero a los gritos de Santiago y a las palabras de Jesús, corrieron al huerto y hallaron ya muerto al reptil y sano a Santiago.

Vida de familia

42 [1] Cuando José iba a un convite con sus hijos Santiago, José, Judas y Simeón, y con sus dos hijas, acudía también Jesús con su madre y la hermana de su madre, María de Cleofás, la que el Señor Dios había dado a su padre Cleofás y a Ana su madre por haber hecho ofrenda de María, la madre de Jesús, al Señor. Esta había recibido también el nombre de María para consuelo de sus padres.

[2] Cuando se reunían, Jesús los santificaba y bendecía; él era el primero que empezaba a comer y a beber. Ninguno de ellos se atrevía a comer o a beber, ni a sentarse a la mesa o a partir el pan hasta que él los santificara y lo hiciera el primero. Si por casualidad estaba ausente, lo aguardaban hasta que pudiera hacerlo. Cuando él quería ponerse a comer, venían José y María y sus hermanos, los hijos de José. Pues estos hermanos observaban y temían a Jesús, pues tenían su vida como lumbrera ante sus ojos. Cuando Jesús dormía, tanto de día como de noche, la claridad de Dios resplandecía sobre él.

A él sea dada toda alabanza y gloria por los siglos de los siglos. Amén. Amén.